

Razones del por qué y para qué de una Psicología Social¹

About Social Psychology: Reasons why?

Jahir Navalles Gómez*

Resumen

La Psicología Social es una aproximación distinta sobre la realidad. Porque la realidad vista psicosocialmente, concibe un dejo por demás interesante, o provocativo, o sugerente, distinto de aquel expuesto de una manera psicológica o sociológica, motivo por el cuál la enseñanza y desarrollo de la Psicología Social requiere hacer explícitas las razones de su originalidad no sólo como un campo de conocimiento autónomo, sino a la vez como una mirada original. Algunas de estas razones son evidentes –como la del rastreo histórico para reconfigurar sus orígenes o de una postura crítica y autocrítica hacia sus presupuestos metodológicos y epistemológicos– y otras requieren ser reconsideradas –por caso, la exigencia hecha desde las Ciencias Humanas a la psicociencia para responder a las crisis sociales o la de la discusión sobre la relación de los valores con los planteamientos psicosociales.

Palabras clave: Psicología Social, disciplina, mirada psicosocial, historia.

Abstract

Social psychology is a different approach to reality. Because the reality over the psychosocially point of view, conceives a hint that is interesting, provocative, or suggestive, in a different way than which exposed in a psychological or sociological one. For this reason, the teaching and development of Social Psychology requires making explicit the reasons for their originality not only as an autonomous field of knowledge, but simultaneously as an original point of view. Some of these reasons are quite obvious –like the historic tracking in order to reconfigure its origins or of a critical position to their methodological and epistemological assumptions–, and others need to be reconsidered –for example, the demand made from the Humanities to psycho-socialology to answer to the social crises or to the discussion on the relation between values and psychosocial approaches.

Keywords: Social Psychology, discipline, psychosocial view, history

¹ Una primera versión se presentó en el V Congreso Internacional de Psicología Social, “Psicología Social en Acción”, Puebla (México), Noviembre de 2011.

* Magíster en Psicología Social. Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (México). E-mail: jahir.n@gmail.com

Cada quién sus razones...

Lo que a continuación se expone, el lector (asiduo a la Psicología, a la Psicología Social o a la Sociología) ya lo sabe, pero al parecer también ya lo ha olvidado. Eso suele suceder. Que en el afán de estar a la vanguardia o implicado en múltiples ocupaciones se olviden los orígenes o el por qué y para qué de las cosas, y sí, el conocimiento es una cosa, como otras tantas más, como la silla donde uno se sienta o el café que uno se bebe, como el tiempo que pasa y como los lugares que uno visita; y algunas veces esto se vuelve una preocupación, sobre el qué hacer con todo eso, con el tiempo que no pasa como uno quisiera o como el café (la última taza que uno bebe) que ya no sabe como aquel primer café; o la silla que ya no es tan cómoda como alguna vez quisimos creer o los lugares que se visitan una y otra vez con la ilusión de encontrar a alguien, o de que ese lugar remonte algunos más. Y sólo entonces uno se pregunta por qué, y para qué, de todo eso (Fernández Christlieb, 1991), y se cuestiona el cómo funciona o cuáles son mis (nuestras) intenciones al usar así un conocimiento (Gergen, 1974), y si hago bien o hago mal, y sí lo que se ha hecho o dicho o escrito ha tenido algún impacto en la transformación de la realidad (Ibáñez, 1990), a saber:

En Ciencias Sociales ocurre mucho esto; se ofrecen aproximaciones teóricas y metodológicas que pretenden resolver y responder, respectivamente, los problemas y las preguntas expuestas y solicitadas, pero no logran entender que tras esa exigencia y exposición lo único que logran consolidar es un archivo de demandas, inconformidades, peticiones y exigencias que nunca conformes con lo dicho permanecen en el limbo de las buenas intenciones, de los proyectos truncados, de las disposiciones oficiales, de los apoyos institucionales, de la buena fe, de lo políticamente correcto y acordado, de que se le exija ser crítica pero que no lo sea demasiado, de que no sea para nada beligerante, de que no sea respondona y de que si se trata de hablar de personajes liminales y de comunidades o colectividades en peligro de riesgo que se haga previo aviso para que nadie falte a la hora de la foto, la entrevista o el programa de radio o televisión. La miseria vende, y muy bien; empero asumir que todo ciudadano o ciudadana está al borde del suicidio o del fracaso o del sinsentido es el efecto que justifica las buenas causas del conocimiento, la práctica y la asistencia social.

A "los expertos" les encanta todo eso, que se les llame como tal, y que se les haga caravana porque ellos y ellas sí saben de lo que hablan y ellos y ellas sí hacen una comprometida investigación; y enarbolan banderas y banderines, playeras y pancartas, con consignas en pos de respuesta de la más amplia envergadura, humanitarismo y solidaridad, es decir, acudiendo (situación hipotética) a la teoría de sistemas que sirve para comprenderlo todo, o a la relación causal entre las culturas juveniles y los hábitos de lectura junto con los video-juegos y la drogadicción, y de eso hacer tablas

y estadísticas, exponiéndoles como verdades inapelables, en consecuencia invocando la redención, así se vale hablar de los pueblos marginados, o de la participación política, o del voto (in)útil, o de la violencia familiar, o de las ventajas de las “nuevas” tecnologías, del abuso e inscripción, del “enrolamiento” a partir de –viejos o nuevos– dispositivos (Dòmenech y Tirado, 1998), o iniciando la odisea en pos de la identidad perdida, amparándose en la representación social como herramienta metodológica para hablar así de las mujeres, del feminismo y de las lechugas (porque todas estas tienen su representación social), y ya, porque nomás eso nos faltaba habría que aplicar el psicoanálisis en comunidades indígenas, y así como lo escrito suena absurdo, así hay quienes lo defienden y legitiman, le echan porras o auspician.

Es un lugar común preguntar sobre la utilidad del conocimiento, de sus implicaciones y responsabilidades para con el contexto inmediato, las problemáticas presentes y los proyectos a futuro, todo cuestionamiento empieza por ahí; y toda legitimación de ese mismo campo de conocimiento depende de que esclarezca constantemente el porqué surgió, propuso y porque no se puede ir, o desaparecer, o hacer caso omiso a lo que hizo, saber que no puede evadir tanto sus responsabilidades como sus excesos y que al final del día, todo conocimiento debe ser práctico, útil, de vanguardia, propositivo, comprometido y crítico. Total, puro eslogan intelectual de campaña.

Las universidades, los institutos de investigación, los cuerpos colegiados, las comunidades científicas, las reuniones anuales, las revistas de autoconsumo y autopublicación, los manuales temáticos de cada cinco o diez años exponen las preferencias y las nuevas corrientes que proveerán de elementos a las contingentes discusiones que bien o mal, o someramente, conllevan la responsabilidad de una crítica constante de lo social, de los asentamientos, de las redes, de las injusticias, de las imposiciones, de lo que cambia y de lo que no, de lo que se percibe, de lo que se recuerda, del cómo es que esto se explica, siendo esto más que un compromiso, una responsabilidad.

Cambios de paradigmas y prácticas de transformación siempre serán bienvenidas pero en el afán de que todo puede resolver todo, se dejó de ver el problema, o las desventajas de cualesquier aproximación teórico-metodológica en aras de justificar presupuestos, nepotismos, estandartes políticos, todo ello sin la mínima auto-crítica. Cada realidad gesta problemáticas distintas y creer que las respuestas o soluciones que funcionaron en el pasado tendrán la misma validez que en la época actual (Braudel, 1968), es parte de un espejismo inserto en la ignorancia de lo que se ha hecho, dicho o escrito en la investigación psicosocial.

Entonces podemos hablar de modelos enquistados de conocimiento, comunidades científicas que justifican sus excesos, paradigmas añejos que nunca han sido validados, y que siguen siendo criticados hasta el cansancio, pésimas

lecturas de autores clásicos, excesiva canonización de sus presupuestos y discusiones, psicologización de personajes y estigmatización de sus hábitos y vidas privadas, de todo eso, también está hecha la investigación científica (Deutscher, 1984; Danziger, 1990; Ibáñez, 1990; Farr, 1998).

Inmerso en todo esto, y porque la certidumbre está en estrecha relación con la practicidad, el preguntarse acerca del por qué y para qué de un campo de conocimiento como el que apela por lo psicosocial requiere (Gergen, 1974), y no exige, desplegar ciertos apartados que sugieran algunas respuestas a la cuestión, pero sobre todo que proporcionen otra clase de preguntas y cuestionamientos y autocríticas, no se pretende decir que lo que hasta el momento se ha hecho en y desde la Psicología Social sea insulso, poco interesante, mal hecho, la intención es la contraria, se intenta un recorrido de la mano de una instancia, y mirada, psicosocial (Collier, Minton y Reynolds, 1990).

A la Psicología Social le ha ido mal cuando se le ha inscrito en toda esa parafernalia, por un lado, la constante devaluación como campo de conocimiento o disciplina científica, y la respuesta más cómoda, e inculta a la vez, es la de asumir a la Psicología Social como un híbrido intelectual hijo de, o producto de la sumatoria de dos disciplinas (la Sociología y la Psicología); por el otro, la interminable discusión sobre el qué estudia, el cómo le hace y el para qué de un escenario que hace de todo pero que no puede con nada, y entonces, los que la hacen o los que la estudian, o los que en esta depositaron sus esperanzas, se desilusionan, se desencantan de la misma y buscan otra trinchera intelectual, y entonces, según dicen, dejan de ser psicólogos o psico-sociólogos o socio-psicólogos emprendiendo una avanzada letrada contra todo aquello que parezca "Psicología Social", lo irónico, es que desde esa trinchera ya saben lo que es, cuestión que nunca pudieron argumentar cuando entre sus filas se encontraban.

Y entonces se expresan críticas a la modernidad y a la posmodernidad, o a la década que les incomoda, los 70's, los 40's o el fin de siglo, con la intención de desacreditar a aquellos que desde ahí, o sobre ello escribieron, y se hacen trizas reputaciones, y ya después, cuando todo ya ha sido psicologizado, se hacen trizas las teorías, o se acude a una sola para explicarlo todo, y se dice que lo que importa ahora es el énfasis en una pluri-metodología (¿?), asimismo los conservadores ahora hablan de Psicología crítica, y los críticos ahora quieren su función de media hora, y los radicales hacen metodología, y los experimentales y los encuestadores siguen en lo mismo día tras día.

No se trata de establecer bandos, ni que las pasadas líneas evidencien un despecho, hacia "los que fueron y los que ya no son", "los que están y los que nunca estuvieron", y es que habría que agradecer que a algunos les halla decepcionado

lo que se ha hecho o dicho o escrito en la Psicología Social, porque sólo así se forjan otros argumentos, y contraargumentos que exponen nuevas discusiones y posicionamientos teóricos y metodológicos, que permiten evidenciar el sendero transitado, la interlocución disciplinar, la apertura a nuevas miradas y acciones, los egos inflados, el olvido institucional, el descrédito intelectual, el hartazgo social, la autogestión, la didáctica y enseñanza crítica y cínica, la decepción de las novedades, el reconocimiento del por qué es todavía válido seguir leyendo a los clásicos (Deutscher, 1984; Farr, 1998).

La mayor originalidad de la Psicología Social proviene de los escenarios que ha recorrido y con los cuales en ocasiones ha coincidido, pero otras veces ha colisionado, por ejemplo, entre lo discursivo –donde todo es lenguaje y conteo de palabras– a lo experimental –donde todo es comportamiento medible y cuantificable–, de lo multitudinario a lo grupal, transitando entre lo histórico, lo dialéctico, lo positivo, lo racial, lo espiritual; el “alma colectiva” no es la mayor invención que la Psicología Social postuló, pero igualmente fue abatida con igual dureza que la posmodernidad y la “saturación del yo”, otras bagatelas que siguen estando en los altares intelectuales, porque se acude a los mismos como referentes de un cambio de siglo, y posiblemente de una mentalidad, reconocible a partir de los elementos, episodios, conceptos, polémicas, que se fueron describiendo y emplazando, empero, también descartando.

Y después de tanto preámbulo no queda más que señalar las posibles razones del por qué y para qué de una Psicología Social:

a) Una historia disciplinar

Saber de que se está hablando es una cortesía. Un buen detalle que enriquece la conversación y la discusión (inter) disciplinar (Danziger, 1994). Y ciertamente la cualidad más gentil de todo campo de conocimiento es el conocer su propia historia, sus orígenes y momentos fundacionales, sus momentos álgidos y los rumores que permearon su desarrollo, motivo por el cuál contar una Historia sobre los escenarios psicosociales remite a las investigaciones, conceptos y polémicas sucedidas en su interior (Danziger, 1990). Además que permite ubicar a quiénes fueron y por qué hicieron lo que hicieron, darles rostro y voz (Deutscher, 1984), establecer una cronología de sus escritos y permitir que como personas sean descritos, y señalar o asumir responsabilidades propias y ajenas, y ponerlo en contexto. La historia disciplinar es ante todo el reconocimiento de las herencias y legados intelectuales que todo campo de conocimiento está obligado a explorar (Collins, 1994). Porque ningún campo de conocimiento es ahistórico. Y es un constante entrecruce intelectual. Y porque todo conocimiento social es contingente (Ibáñez, 1990). Y porque los que han

estado implicados en la generación de la mirada psicosocial no son súper humanos, ni santos, ni demonios, al contrario cada cuál, en distintas latitudes, y de acuerdo a ese contexto particular, elaboró y propuso algo que era disciplinalmente distinto a lo que en ese momento se había venido haciendo (Collier, Minton y Reynolds, 1991), Stanley Milgram por eso no puede verse como un inhumano (Feliu, 2011), ni tampoco adjudicarle con tanta ligereza a Gustave Le Bon el mote de ser un misógino conservador (Bautista López, 2009), ni decir que Sigmund Freud sufría delirios de grandeza, eso por supuesto es posible pero es injusto, o mejor dicho inculto, y no porque se trate de justificarlos, sino la responsabilidad es por contextualizarlos.

Por caso, el laboratorio de Wilhelm Wundt, ese, el último, el que estableció en Leipzig, recibió visitas afortunadas, y aún cuando existe polémica alrededor, es más interesante aceptar los rumores que desacreditarlos, y entonces, George Herbert Mead pasó por ahí, y también Émile Durkheim y Ferdinand de Saussure, asimismo William Isaac Thomas y un psicólogo educativo que nadie reivindica que se apellidaba Judd, alguien que escribió sobre una Psicología del espacio, y que a lo mejor fue un tema interesante por la época, porque Mead se fue a Berlín (con Wilhelm Dilthey) a realizar una tesis doctoral sobre la noción empírica del espacio, y nunca la terminó. Así que no es por intrigar pero los que estudian y nunca se titulan aún tienen esperanzas o argumentos para decir el por qué no lo han hecho, “si Mead no lo hizo, por qué yo sí”.

Y como éste hay más ejemplos, uno que es por demás interesante es el cómo la *Gestalt* se incorporó a la Psicología Social, y sí, la *Gestalt* llegó para quedarse, originalmente de la mano de Köhler, Koffka y Wertheimer, pero críticamente de lo que Fritz Heider y Kurt Lewin, o más específicamente Solomon (no Salomón) Asch o la pareja de los Sherif (Muzafer y Carolyn) hicieron. Y entonces la Psicología de los grupos se hizo famosa, o mejor dicho concibió un referente intelectual que le amparara. Así las cosas, la Psicología de los grupos trajo consigo sugerencias e implicaciones tanto políticas e ideológicas como de corte intelectual.

El escenario de lo psicosocial ha abrevado de múltiples discusiones y distintos interlocutores (Collier, Minton y Reynolds, 1991; Collins, 1994; Farr, 1998). Consecuencias de la migración y de los periodos de entreguerras, producto de las incertidumbres y de los episodios históricos del cambio de siglos, del XIX al XX, del XX al XXI, los “objetos de estudio” que la Psicología Social postuló y en ocasiones bosquejó, son creaciones humanas, intelectuales, políticas, ideológicas, centradas en la comprensión de una problemática local o nacional, o necesaria, y los registros históricos sobre el quién, cuándo, dónde, complementan más allá de las fechas y lugares, los emplazamientos, los rumores, los malhumores, de aquellos implicados en el quehacer psicosocial.

Pero ante todo lo que se propone es dejar de lado esa historia “adjetiva” tan común en los escritos que abogan por una historia disciplinar, donde se ensalzan autores y se maravillan con sus aportaciones, es decir, al decir de alguno que “fue el primer psicólogo en hacer...”, “el inigualable sociólogo al describir...” (Danziger, 1990; Collins, 1996), y más que ser un honesto reconocimiento pareciera ser un cartel de presentación de un espectáculo de magia y de trucos sacados de la manga. Cual reflexiones unipersonales, cual “iluminados del conocimiento”, como sí hubieran sido tocados por las musas, se aceptan sus conclusiones sin intercambio y discusión, sin interlocución, sin influencias y en el total desconocimiento, siendo esto una variante de olvido institucional.

Porque la historia de esa mirada tan singular, está en estricta relación con ciertas exigencias, y si existe es para responder, pero ante todo para reflexionar, los malestares, o el rompimiento con lo cotidiano, con la inercia política y con las sacudidas ideológicas, y entonces sólo así se comprende otra de las razones del porqué de la Psicología Social.

b) Lo psicosocial en los períodos de crisis.

La conclusión es que sí sirve para algo. O sirvió para algo. Para dar sentido al papel del líder o para que la discusión grupal expusiera lo que se piensa y siente en una localidad, para profundizar en la opinión pública o para simplemente describir la(s) realidad(es). La Psicología Social no fue tan inútil como se piensa, al contrario, fue el bastión al cuál se acudía intelectualmente para justificar alguno que otro exceso, ciertamente la Psicología Social en su versión institucional ha ofrecido discursos para manipular, controlar, etiquetar, categorizar, particularizar y psicologizar, individuos, grupos y colectividades (Danziger, 1990; Collier, Minton y Reynolds, 1991). ¿Por qué ante las preguntas hechas la Psicología Social siempre levantó la mano para participar? Muy obediente postuló argumentos a favor y en contra de la sumisión, o sobre el cambio de actitudes, o sobre los estereotipos, defendió a ultranza el papel que juegan los individuos en la conformación de un grupo social, porque sólo así se puede hablar de conformidad, y eso era y sigue siendo muy preocupante, una problemática social, porque nadie quiere ver a sujetos conformes, y mucho menos asumirse como tal, y sí nadie quiere ser visto como un conformista mucho menos quiere ser definido como un “desviado”, empero la tan aclamada “generación X”, que después fue la “Y”, inmediatamente la “Z”, sugirió una oleada de nuevas identidades en las cuales refugiarse, sin embargo decir que uno es “x, y ó z” no es muy agradable. Suficiente impersonalidad proviene con el ID de identidad, el pasaporte, la tarjeta de crédito, el número de la asistencia social. Aunque la otra cara de la moneda sería aquella que

visualizara a todo esto, críticamente, como parte de un “análisis de redes” (Dòmenech y Tirado, 1998).

Inscritos en un grupo o una categoría social la realidad es más fácil de aprehender, y así, en orden y paso a paso es posible dar cuenta de las transformaciones posibles. Porque la participación social es la respuesta a las crisis, y porque si la organizamos, y estandarizamos, tendremos mejores resultados, porque la teoría se lleva a la práctica, y la práctica hace a los expertos o expertas, y los problemas se resuelven acudiendo a ellos y ellas, y las crisis se extienden o se reproducen o se multiplican en el afán de resolverlas todas y en ese momento, y porque lo que más le puede aterrar a una sociedad es entrar en un período de crisis (Fernández Christlieb, 1996); crisis, etimológicamente hablando es el “momento decisivo en un asunto de importancia” (Corominas, 1961, p. 179), es atajar incertidumbres y temor a fracasar, y porque nadie quiere aceptar que tuvo errores o equivocaciones, que la regó y feo, y porque el paso más temido es el siguiente, y las salidas a las crisis deben ser simples y no complejas, porque cómo es posible “salir” de un problema si no es solucionándolo, en lugar de complejizarlo (Dòmenech y Tirado, 1998), y las crisis hay de todas y para todos, la crisis de la edad, la del conocimiento, la económica, la ecológica, la de identidad, la de los gustos y preferencias, la política, la ideológica y la del amor y la amistad, y en todas estas ha habido una intervención desde lo psicosocial, adjudicándole la culpa a los grupos de los cuales se forma parte, o a los sujetos o amistades con las que uno se junta, al barrio y a las vecindades (a la proximidad o lejanía), a los prejuicios y a las pocas oportunidades, y por ello, se propusieron sendas alternativas, desde la teoría de juegos hasta la representación social, la Psicología política y la comunitaria y la de la liberación (lo mismo pero más barato, o más democrático, o más asistencial), le entró al quite la performatividad y se introdujo a la discusión la teoría fundamentada (*grounded-theory*), se dijo también que el lenguaje “construye realidades” en aquel momento en que nadie hablaba, fuera por miedo o por indiferencia, la consecuencia es que ahora ya nadie se calla.

Como sea, la Psicología Social aparece con las crisis pero no resuelve ninguna, lo cual no significa que no tenga razón de existir, ni de permanecer en la discusión entre disciplinas (Collier, Minton y Reynolds, 1991; Collins, 1996), la propuesta psicosocial sobre ese aspecto sugiere que no todas las respuestas son inmediatas, o que las teorías de la consistencia (la disonancia, la del equilibrio, la de la congruencia) puedan “explicar” todo problema psicológico, y se nos olvida que habrá crisis que durarán más de 100 años, así el pensamiento social, o las mentalidades, o el “espíritu de una época” son crisis permanentes (Braudel, 1968), “las ciencias, las técnicas, las instituciones políticas, los utillajes mentales y las civilizaciones [...] tienen también su ritmo de vida y de crecimiento” dice el historiador Fernand Braudel (1968, p. 69), porque

aunque no se vean sugieren movimientos constantes, paulatinos, pausados, cambios que se tornan datos que reflejan las preocupaciones, las disyuntivas, las omisiones, el miedo al cambio y la negativa a las transformaciones sociales (Ferro, 1996); “la historia oficial suele ocultar los hechos vergonzosos cometidos por la institución fundadora: crímenes, matanzas, genocidios. Éste es un rasgo que comparten todos los países” así lo apunta Marc Ferro (1996, p. 98), podríamos entonces hablar de excesos, de vituperios, de exageraciones, no solamente dispuestas desde distintas latitudes sino como parte de toda forma de conocimiento porque lo que podría estar en juego –y es muy delicado de analizar– son los valores que se entremezclan, creencias que se derrumban, ideologías que se desenmascaran, y las relaciones humanas implicadas en todo ello. Y esas son crisis. Son entredichos. Y para salir de los mismos hay que elaborar proyectos (Fernández Christlieb, 1996, p. 36), que reelaboren aquellos valores humanos que al no defenderse pierden todo sentido.

Y eso nos lleva a otra de las razones del por qué y para qué de la Psicología Social:

c) Valores y escenarios psicosociales.

Toda sociedad es un cúmulo de valores, algunos convocan y otros evidencian las diferencias, los valores se comparten o se rechazan, se reniega de los mismos o son objeto de indiferencia, se mistifican o se articulan como “traducciones” disimulando intenciones (Dòmenech y Tirado, 1998), se acude a estos cual baluarte de conocimiento o experiencias y en ocasiones también se ostentan como estandartes ideológicos en busca de una transformación de la realidad.

Lo que hace que una sociedad exista y perdure son los valores que se imparten y comparten en los distintos escenarios dispuestos en la vida cotidiana, no esa de la que se habla en los libros (Collins, 1996), sino la que se vive día a día, la que es de diario, la que no se sabe reconocer sino vivir, y que se instaura en los más diversos emplazamientos, en las visitas al doctor o al museo, en las idas al cine para ver la función de la tarde o las tardes ocupadas viendo televisión y haciendo vida de hogar, cocinando, tejiendo, bebiendo café o conspirando para hacer la revolución; en las mañanas perdidas en la fila del banco, en el transporte público, en el tráfico, en la huelga, o conciliándose la pareja; escuchando cátedras o insertos en cualquier actividad escolar. Significa que los valores son desplegados en cualesquier escenario, desde los más públicos hasta los más privados o íntimos, navegando entre las reuniones masivas y la movilización social hasta permear las dinámicas familiares, las relaciones de pareja, el reconocimiento del prójimo, la concepción de uno mismo. Al ampararse en tales o cuales valores se convoca un acto de reflexividad, por la sencilla

razón de que se piensa (casi siempre) en las consecuencias de defender, o ampararse, de arrogarse o procurar esos valores.

Implica asumir las consecuencias de los actos, de los propios, de los ajenos, de aquellos que pretenden ser olvidados, asumir responsabilidades es saber qué se hace y para qué se hizo; y la vergüenza que se despliega de todo eso, o la desvergüenza o el cinismo, y la libertad que se ostenta al hacerlo, son parte de los valores que se defienden y que en ocasiones también se exigen, y junto a estos va la solidaridad o la lealtad, entre muchos o con una sola persona; y no es por intrigar, pero la dignidad y la integridad son valores que siempre se reconocerán allende las diferencias y las fronteras. Normalmente nadie quiere tener ningún enemigo, pero si eso sucediera, querría uno con dignidad. Irónicamente hay valores que son envidiables.

Pero y sí las sociedades cambian, también los valores que las sustentan, toda sociedad está en un constante movimiento, y los valores no es que se transformen simplemente se priorizan, porque cada época se identifica con uno de estos, y entonces se establecen todas las estrategias y todas las técnicas para hacerlos perdurar, y en consecuencia, cuando los valores, o mejor dicho su uso o abuso o erosión, provocan ciertos exabruptos, ciertos malentendidos que suelen ser detonantes de conductas y comportamientos, y que a su vez tienen justificación por la malinterpretación de los valores en los cuales se amparan. Pero no sólo es malinterpretación, sino también los valores padecen de una exacerbación o de una banalización (Ricoeur, 1976).

La discusión es más amplia que cualquier ejemplo, porque implica una mirada distinta a las dinámicas sociales del día a día, y cabría aclarar que todas están en estricta relación, y la transmisión de los valores, o la construcción de realidades está condicionada a la comprensión de la sociedad que se quiere y la sociedad que se tiene, a la que se tuvo, y se padeció (Ferro, 1996); a los viejos tiempos que se cree fueron mejores, y a los proyectos de sociedad en los que se cree y se idealizan. Una sociedad es como una convocatoria donde se identifican y se intercambian valores, donde la pretensión es por el asentamiento o la transformación a partir de una elección sobre las relaciones sociales, eso sucede al interior de la vida en pareja, o las acaecidas en un grupo, o lo que hace que dos grupos sean tan diferentes, o dos personas tan opuestas compartan proyectos semejantes, o un colectivo tenga miedo del pasado, y se llene de coraje, y lo exponga, lo haga evidente, lo difunda y no se arrepienta de hacerlo presente. Envalentonarse no conlleva ningún valor, valerse por sí mismo, sí.

Y a la Psicología Social le interesa todo eso, y quien sabe si pueda con toda esa responsabilidad, pero lo ha intentado, y aunque a algunos eso no les parezca suficiente, es lo mismo que se puede decir de todas las Ciencias Humanas y Sociales, porque eso de creer que en alguna de estas están inscritas todas las respuestas a los problemas es parte del problema (Fernández Christlieb, 1996), y de la nula capacidad de ser autocrítico al ejercicio y la práctica psicosocial.

En que cada escenario de la vida social, como puede ser la vida íntima, o lo más público de lo público, puede evidenciarse ese compromiso, al interior de una familia conservadora o de una pareja muy liberal, o siendo posiblemente reconocido en las dinámicas grupales, en ese todo que es diferente a la suma de sus partes, en un individuo que piensa cambiar al mundo o en un mundo que está prescindiendo de los individuos cada vez más, y tal vez lo único que se intenta es el de crear conciencia de que los valores, su uso, desuso o banalización, acarrea consecuencias en las relaciones humanas.

Eso sugiere otra de las razones de la Psicología Social:

d) Lo psicosocial en una realidad crítica.

Y es que a la Psicología Social le interesa la vida cotidiana; pero podríamos asegurar que la vida cotidiana no sabe qué significa ni pretende la Psicología Social, en palabras nada elegantes, le importa un bledo su existencia, porque no está asentada en el conocimiento psicosocial, ese lo hacen, escriben y reescriben los académicos y los interesados en la mirada psicosocial pero no la gente que se interesa más por seguir viviendo su mundo, y en lo que menos se fija es en los "mundos de vida" que los fenomenólogos insisten en recabar, le gusta la candidez de su habla cotidiana y no le gusta que nadie le corrija su discurso, y le gusta ser altisonante, estruendosa y repetitiva con su vida, y sus historias y su algarabía, y su pobreza, sus vejaciones, su ignorancia, su conocimiento lego, sus preocupaciones para el día de mañana, sus deberes, y sus ansias de enseñanza.

Así transcurren los días, y las horas, y los fines de semana, así la gente va a algún parque, al estadio, a la escuela y a veces llega a su casa; o se va de la misma, y sólo tiempo después se pregunta el porqué hizo todo eso, por qué reaccionó así, por qué se dejó, o porqué no respondió, porqué hizo esto y no aquello, porqué se quedó callada o callado o porqué le gustó hablar de más. O así, o para sí misma y no con los otros. Inscrita en un puñado de decisiones constantes, concibe relaciones que podría o no llevar a cabo.

Ahora bien, una de las preocupaciones en la época contemporánea es el sinsentido de las cosas, de las relaciones, de lo efímero, de lo poco arraigado que parecen estar las costumbres y las tradiciones. Y si se sigue creyendo que la realidad no ha cambiado, consideremos lo siguiente, antes, por ejemplo, tenía relevancia ostentar un nombre propio y un apellido, eso era lo que nos identificaba; ahora, antes o después de tu nombre, y como dicen por ahí, el arropa es o sería lo importante.

Cada vez es más evidente la (re)creación de realidades mediadas, y éstas tienen consecuencias, porque no son sólo meras exposiciones de un estilo de vida, no son excesos ni simplicidades, sino que implican el (re)conocimiento de los vínculos

en los que como actores estamos implicados, en la transformación del contexto o en la condensación de conocimientos, en la inercia de movimientos y temporalidades, en la erosión de espacios físicos y la producción de distintos espacios virtuales. Empero la crítica no es quejarse de que esto está sucediendo, porque eso no lo va a detener, y porque esa no es la intención, si lo fuera sería ingenua.

Habría entonces que considerar ese carácter volátil, efímero e híbrido de la realidad actual, y de su asunción sin tapujos, consecuencia de un espíritu nulamente crítico, éste es más bien conveniente, o convenenciero, y es un espíritu/pensamiento que se esparce, que no logra mantenerse quieto, y no porque la quietud sea la mejor opción, sino porque en la quietud, o deteniéndose un poco sobre los propios pasos, se puede reflexionar sobre lo que se está haciendo, diciendo o manifestando, averiguar si es que esto tiene sentido: es una convocatoria a contemplar lo que como sociedad, como individuos, como colectividad hemos hecho y lo que posiblemente podríamos hacer. Paradójicamente los desechos alguna vez tuvieron sentido. La contemplación es parte de un proyecto a futuro, de una sociedad mejor, más estable, crítica, con ideales.

Pero no se trata sólo de convocar la contemplación así porque sí, la sugerencia va más en el sentido de un ejercicio crítico sobre la realidad que estamos viviendo (o concibiendo), la propia y la compartida, y el cómo las acciones que se desprenden de las relaciones que hacemos tienen consecuencias a mediano y largo plazo, se despliegan, por ejemplo la apatía política, o la antipatía intelectual, o la movilidad social como "hibridación socio-lógica" (Dòmenech y Tirado, 1998), o la simpatía y las provocaciones por hacer o gestar otras, nuevas, distintas, constantes, relaciones.

Podemos seguir dramatizando realidades, podemos asumir que la vida en común no es tan importante, podemos matizarla o conceptualizarla con términos rimbombantes, y aún así, con todo lo que hacemos por esta, la misma continúa con o sin nuestras definiciones psicosociales. Pero si insistimos, cabe la posibilidad de detenerse un instante, y pensar, conjuntamente, que lo que hacemos diariamente puede reflexionarse, cuestionarse, para bien o para mal, el día de hoy o el de mañana, o desde siempre; y producir algo completamente distinto a lo que hasta un momento se había venido haciendo. Sólo es cuestión de creer que lo que hacemos sí tiene una razón de existencia.

Última razón de una Psicología Social:

e) Por qué la Psicología Social es interesante.

A reserva de lo que puedan decir los estudiosos de otras áreas de conocimiento, y como no soy multidisciplinar que digamos, puedo decir que la Psicología Social es una mirada interesante, por lo que dice, y porque nunca dice la verdad, ni es absoluta,

y porque es totalmente contingente (Ibáñez, 1990), le gusta la cultura y el malestar social, se complica con los usos del lenguaje y los dilemas de la personalidad, es colectiva, hace grupos y bandos pero nunca tribus, asume, atribuye, y le hace a la influencia social, por ende es política a más no poder, y a la vez es institucional, le fascinan las mayorías y aún le sorprende lo imprevisto de las minorías, en ocasiones intenta ser crítica y radical, es acompañante de todo movimiento social, se justifican mutuamente, son “teoría y práctica”, y entre las dos abanderan la transformación de la realidad. Es liminal. Es sociológica y psicológica, pero ante todo es psicosocial. Y por eso y otras muchas cosas más, la Psicología Social llega a ser divertida, porque es un intento, una pretensión y una reflexión, podría señalar, y ya para terminar esto, que cuando eso deja de suceder, cuando los intentos han sido en vano, y las reflexiones puras divagaciones, la decepción es evidente y justificada, por eso Leon Festinger se retiró dignamente de la Psicología Social, simplemente se aburría (Collier, Minton y Reynolds, 1992, p. 391); y más vale entonces dedicarse a otra cosa, o hacer algo más mientras se hace Psicología Social, y que esto no se entienda como un arrojar la toalla sobre el ring del compromiso intelectual, al contrario, es congruencia total, y sin sorpresas, eso ya ha pasado, Kenneth Gergen por ejemplo de ser radical se volvió terapeuta familiar, Tomás Ibáñez se jubiló y se dedicó al activismo de toda su vida (2009), Pablo Fernández Christlieb dice que quiere escribir literatura (2006), pero los ejemplos más bonitos son los de, por un lado Wolfgang Köhler quien decía que sus reflexiones tenían sentido cuando se bañaba o rasuraba (1972); y por el otro lado se encuentra Kurt Lewin para quien su “teoría del campo” nunca fue suficiente y para hacer evidentes sus experimentos le dio por hacerle al cineasta y filmar (Van Elteren, 1992); por eso insisto, en el momento en que esto deje de ser divertido o interesante más vale hacer maletas –o viajar ligerito– o poner un negocio, y una tienda de discos viejos no suena nada mal.

Referencias

- Bautista López, A. (Dir.) (2009). *El Alma Pública. Revista desdisciplinada de Psicología Social*, 2 (4).
- Braudel, F. (1989). *La Historia y las Ciencias Sociales*. México: Alianza Editorial (Trabajo original publicado en 1968).
- Collier, G., Minton, H. y Reynolds, G. (1996). *Escenarios y Tendencias de la Psicología Social*. Madrid: Tecnos.
- Collins, R. (1996). *Cuatro Tradiciones Sociológicas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana (Trabajo original publicado en 1991).
- Corominas, J. (2003). *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid: Gredos (Trabajo original publicado en 1961).
- Danziger, K. (1990). *Constructing the Subject. Historical origins of psychological research*. Cambridge / New York: Cambridge University Press.
- Danziger, K. (1994). Does the history of psychology have a future? *Theory & Psychology*, 4 (4), 467-484.
- Deutscher, I. (1984). Choosing ancestors: some consequences of the selection from intellectual traditions. En R. Farr & S. Moscovici (Eds.). *Social Representations* (pp. 71-100). Cambridge / New York: Cambridge University Press.
- Dòmenech, M. y Tirado, F. J. (1998). *Sociología Simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- Farr, R. (1998). De las representaciones colectivas a las representaciones sociales: ida y vuelta. En: J. A. Castorina (Comp.) (2003). *Representaciones Sociales. Problemas teóricos y conocimientos infantiles* (pp. 153-175). Barcelona: Gedisa.
- Feliu i Samuel-Lajeunesse, J. (2011, 17 noviembre). *Obedecer o resistir a la autoridad. Lecciones a partir de los experimentos de Stanley Milgram*. Conferencia Magistral pronunciada en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Fernández Christlieb, P. (1991). La Negatividad de la Psicología colectiva. *Boletín AVEPSO*, XIV (3), 25-30.
- Fernández Christlieb, P. (1996). Crisis número 1995: Lo urgente contra lo importante. En B. Reynaud y J. J. Sánchez Sosa (Comps.). *Psicología y Problemática Social* (pp. 29-36). México: Facultad de Psicología UNAM.
- Fernández Christlieb, P. (2006). Apuntes de clase de P. Fernández Christlieb. *Seminario de Psicología Teórica*. Facultad de Psicología. UNAM. México.
- Ferro, M. (1996). *Diez Lecciones sobre la Historia del Siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Gergen, K.** (1974). Social Psychology as History. En L. Strickland, F. Aboud y Gergen, K. (Coords.). (1976). *Social Psychology in Transition* (pp. 15-32). New York: Plenum Press.
- Ibáñez, T.** (1990). Henri, Serge... y la próxima generación. *BPS Social Psychology. Section Newsletter*, 24, 5-14.
- Ibáñez, T.** (2009). Elogio de la imaginación. *Quaderns de Psicologia*, 11 (1/2), 39-49. Consultado el 30 de noviembre de 2012, del sitio Web: <http://ojs.comunitic.net/article/view/414>.
- Köhler, W.** (1972). *Psicología de la Forma. Su tarea y sus últimas experiencias*. Madrid: Biblioteca Nueva (Trabajo original publicado en 1929).
- Ricoeur, P.** (1999). *Teoría de la Interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1976).
- Van Elteren, Mel** (1992). Kurt Lewin as a filmmaker and methodologist. *Canadian Psychology*, 33 (3), 599-608.